

La música en las instituciones femeninas novohispanas

Josefina Muriel

A la memoria del ilustrísimo don Juan Antonio de Vizarrón y Eguiarreta,
arzobispo de México y virrey de la Nueva España

En una época en la que no existían aún el fonógrafo, los estéreos, los discos compactos, la radio ni la televisión, la música instrumental ejecutada por personas tenía un importante lugar tanto en los actos de alabanza a Dios como en los hogares, los coliseos y las fiestas de todas las clases sociales. Es por ello que las mujeres no podían quedar fuera del arte de la música.

Reconociendo los antecedentes de las grandes músicas medievales, cuyas obras se han editado con gran éxito en los últimos años, recordaremos las nuestras, cuyas obras se perdieron con motivo de la desamortización de bienes de la Iglesia del siglo XIX, pero cuyos nombres y hechos nos han conservado viejos papeles.

Referente al siglo XVI se consigna el nombre de sor Inés de la Cruz Castillet, compositora que dirigía la escoleta del convento de Santa Teresa, fundado por ella. Música tan apreciada por sus contemporáneos que a oír la asistían arzobispos y virreyes. Otra compositora y cantora fue Juana de Santa Catalina, fundadora del convento dominicano de este nombre y lugar donde Gerónima de la Trinidad Peñaloza se distinguía por saber cantar y bailar “hermosamente”, pues sus padres la habían instruido desde niña en

ambas cosas, para que pudiese hacer “buen matrimonio”.

El cronista fray Agustín de Vetancourt menciona a Catalina Álvarez de Arteaga como insigne música y la mejor bajonera de la Nueva España del siglo XVII. No podemos olvidar a sor Juana Inés de la Cruz, cuyo interés en la constitución de la música la llevó a escribir un tratado sobre la armonía que tituló *El caracol*, desgraciadamente perdido... En sus *Villancicos de la Asunción*, de 1676, el tema central es la escala musical y “la armonía”, “la consonancia” y “las disonancias”, todo lo cual la muestra muy involucrada en la música y aunque no sabemos exactamente qué artefactos tocara, sabemos por su biógrafo, el padre Calleja, que en su celda tenía numerosos instrumentos musicales.

Del siglo XVIII conocemos un gran número de mujeres músicas por las referencias que de ellas se dan en las diferentes instituciones a las que pertenecieron.

De entre éstas mencionaremos a María Josefa Reyes de Aguilar y López, organista en el convento de San José de Gracia, a la que siguen en éste y otros conventos muchas mujeres dedicadas al arte musical; las hallamos en los grandes

colegios, como en el Real Colegio de Santa Rosa de Viterbo de Querétaro, donde fue notable la arpista Lugarda de Jesús y al lado de ella había varias violinistas y guitarristas.¹

Petra de Alvarado, fundadora del convento de las indias caciques de Corpus Christi, fue distinguida bajonista. Y la india cacique Antonia Pérez de los Santos, monja de esta institución, tocaba la vihuela y "cantaba con hermosa voz".²

Respecto a los maestros que las enseñaron, aunque hay pocas noticias son suficientes para formarnos una idea de los caminos de su aprendizaje.

En la ciudad de México, las mujeres durante los siglos XVI y XVII fueron enseñadas en las instituciones femeninas, colegios y conventos, por maestros que eran a la vez miembros del coro de la Catedral de México.

En el colegio de Nuestra Señora de la Caridad, fundado en 1548, el primero que se menciona es el maestro y compositor Cristóbal Morales, cuya categoría está manifiesta en el hecho de haber sido quien compuso "el canto de órgano para las exequias de Carlos V", de cuya hermosura comentaría Cervantes de Salazar que: "en medio del dolor dio gusto oírle".³

Para enseñarles canto y formar escoleta se acudió al maestro Francisco Portillo, y en 1590 al racionero Antonio Illana. Los nombres de los grandes músicos novohispanos se suceden a lo largo de los tres siglos de vida del colegio, encontrándose entre ellos el músico Mateo de la Roca, el organista Alonso de Mesa y otros más, a los que se suman mujeres maestras como Isabel de San Jerónimo y Beatriz Arteaga.⁴

En los conventos de monjas también se enseñaba música a las educandas. Fuera del ámbito institucional, las doncellas recibían esta enseñanza en sus propias casas, como lo leemos en sus biografías.

Por ejemplo: a Petra de Alvarado y Luna la enseñó a tocar el bajón el maestro Loaysa, y a

Francisca Carrasco posiblemente el distinguido Antonio de Salazar.

La razón por la que estudiaban música era no sólo, como vulgarmente se cree, por ser un adorno en la educación femenina, sino porque su conocimiento era uno de los pocos oficios que les permitía tener una actividad redituable. Así lo comprendió ese gran arzobispo y virrey que fuera el ilustrísimo Juan Antonio de Vizarrón y Eguiarreta, del que en su biografía se afirma que si en su gobierno "no hizo agravio a nadie", sus obras fueron de "trascendental acierto", y precisamente las que hizo para las mujeres lo confirman.

Se interesó en la creación del colegio de San Ignacio Vizcaínas, que en ese tiempo estaban proyectando, "para la educación de las niñas y protección de las doncellas y las viudas", el rector de la Real y Pontificia Universidad de México, doctor José de Eguiara y Eguren, y sus compañeros de la Cofradía de la Virgen de Aranzazu.

Fue el propio arzobispo Vizarrón y Eguiarreta quien encabezó la lista de donantes para construirlo, siendo su aportación de 6 000 pesos, la más alta que entonces se obtuvo y la hizo con el objeto de que, a ejemplo suyo, otros contribuyeran, como efectivamente sucedió.

El 30 de julio de 1734, en su calidad de virrey, presidió la bendición y colocación de la primera piedra de la iglesia de esta institución y él mismo fincó las bases de *independencia de toda autoridad eclesiástica* en su gobierno, al aprobar los proyectos que le presentara su amigo Manuel Aldaco.

Por otra parte, uniendo Su Ilustrísima el interés personal por la música, manifestado en su apoyo a la construcción del segundo órgano de la Catedral,⁵ con el deseo de ayudar a las mujeres, mediante una instrucción redituable, fundó en el antiguo colegio de San Miguel de Belem, la primera escuela de música de esta ciudad en el año de 1740. La estableció con sus dineros personales, pagando maestros e instrumentos musicales y dotándola con dos fincas que le compró,

¹ Josefina Muriel, *Cultura femenina novohispana*, pp. 188-189.

² Josefina Muriel, *Las indias caciques de Corpus Christi*, p. 125.

³ Francisco Cervantes de Salazar, *Túmulo imperial*, p. 25.

⁴ Josefina Muriel, *La sociedad novohispana y sus colegios de niñas*, pp. 149-150.

⁵ Jesús Estrada, *Música y músicos de la época virreinal*, p. 44.

cuyos productos aseguraban su mantenimiento perpetuo. Así, en la escritura notarial declara: "En el agosto nombre de la Santísima Trinidad y de la Virgen María y San Miguel [...] fundamos desde ahora y para siempre una Escuela de Música."⁶

De ella saldrían las jóvenes examinadas y tituladas para ejercer su profesión. Puso este conservatorio bajo el patronato de la Mitra para que fueran sus protectores los arzobispos de México.⁷

Con sabios mandatos, dispuso el fundador que los maestros fueran escogidos entre los más meritorios y que se nombraran entre los que servían la música del coro de la Catedral.

El éxito de esta escuela lo manifiesta en su carta al rey, fechada el 7 de octubre de 1751, el nuevo arzobispo Rubio y Salinas al decirle que ya han salido del colegio gran cantidad de doncellas que "son solicitadas en matrimonio sin más dote que sus virtudes" y que "en los conventos se les admite sin dote por sus buenas voces y conocimientos musicales".⁸

Conservamos los nombres de muchas de éstas, por ejemplo el de Úrsula de Alcibar, que se tituló de música y órgano en 1779; Gertrudis García, titulada en contrabajo y canto, y de igual especialidad a Ana María Guertas. Y la lista continúa mencionando a las que tocaban el bajón y la flauta.⁹

Muy interesante es constatar que las mujeres podían profesar de monjas y casarse sin más dote que sus títulos de músicas y que podían trabajar como partes de las orquestas que tocaban en las fiestas virreinales (recordamos a la violinista representada en un biombo del Castillo de Chapultepec).

La obra del ilustrísimo Vizarrón y Eguiarreta trascendió los muros de su escuela llegando después, en 1767, al Colegio de las Vizcaínas, traída por sus primeras colegialas, que habían permanecido años en el Colegio de Belem, es-

perando los permisos de apertura de la institución vasca.

Por eso no es extraño encontrar a Ignacio Jerusalem como maestro de música en Belem y después hallar a su hija Micaela Jerusalem como flautista y bajonista en el de Vizcaínas, donde fue cuatro veces rectora.

Por impredecible destino, en el siglo XIX las corrientes políticas y las luchas ideológicas de México terminaron por unir en la música a estas dos instituciones. Con motivo de las Leyes de Reforma, al concentrarse los colegios de niñas de la ciudad, una pequeña parte del archivo del colegio de San Miguel de Belem y otra del colegio de Nuestra Señora de la Caridad pasaron a formar parte del de Vizcaínas, en donde las páginas sueltas, rotas, los cuadernos y libros de música se han guardado y clasificado para servir al conocimiento de la cultura de las mujeres novohispanas.

Entre los tesoros musicales que tenemos, se encuentran obras para violín que fueron de la escoleta de San Miguel de Belem, compuestas por el maestro Nicolás de Olivari; otras para clavecín, anónimas del siglo XVIII, en forma de pequeñas suites. Hay otras que se hicieron para la escoleta de órgano del colegio de San Ignacio, que les construyó en México don Francisco Pérez de Loja.

Hay antífonas para las vísperas de San Ignacio en el siglo XVIII, que eran de la Escoleta de Canto Llano, hechas en tesituras de tiple para que ese canto gregoriano lo cantaran mujeres.

Existen algunas obras del maestro Ignacio Jerusalem, procedentes de la Escuela de Música de San Miguel Belem, como tres dúos de flauta y también una consagrada a la Virgen de Guadalupe, titulada *Non facit talliter*.

En las fiestas de las instituciones se tocaban himnos dedicados a sus titulares. Por ello encontramos un hermoso libro destinado a San Miguel Arcángel y otros a San Ignacio de Loyola.

Actualmente se trabaja en una reclasificación de la música existente en el Archivo Histórico del Colegio de San Ignacio, Vizcaínas, para poder ofrecer a los musicólogos sus repertorios ordenados por autores, obras, fechas e institución de donde proceden.

⁶ Gabriel Saldívar, *Historia de la música en México*, pp. 146-147.

⁷ Archivo Histórico del Colegio de las Vizcaínas (AHCV) Dotación de la Escoleta, 3, iv, 3, Fl. 224-234 y 3, iv, 1, Fl. 120.

⁸ Archivo General de Indias (AGI) Audiencia México, 711, Carta al rey, 7 de octubre, 1751.

⁹ AHCV, 13, iv, 13, iv, 1, 2. Libros en que se asientan las colegialas.

